

La filosofía del quehacer del **INVESTIGADOR EN LA UAEM**

DR. EN PL. JOSÉ DE JESÚS JIMÉNEZ JIMÉNEZ

Profesor Investigador de la FAD/UAEM.
Integrante del SNI. Docente de la Licenciatura en Arquitectura de la FAD;
de la Maestría en Planeación Urbana y Regional; del Doctorado en Ciencias Sociales,
todos OA de la UAEM. Sus ámbitos de estudio se relacionan con el Urbanismo
y Teoría del Desarrollo Territorial.
jjjj@uaemex.mx

C. A DR. EN C. S. JESÚS ENRIQUE DE HOYOS MARTÍNEZ

Profesor Investigador de la FAD/UAEM.
Docente de la Licenciatura en Arquitectura de la FAD,
y de la Maestría en Planeación Urbana y Regional de la UAEM.
Sus ámbitos de estudio se relacionan con el Urbanismo.
consultoria_jdh@hotmail.com

DR. EN CS. ALBERTO ÁLVAREZ VALLEJO

Profesor Investigador de la FAD/UAEM.
Docente de la Licenciatura en Arquitectura y de la Maestría en Diseño
de la FAD; de la Maestría en Planeación Urbana y Regional, de la UAEM.
Sus ámbitos de estudios se relacionan con Epistemología,
Educación del Diseño y Sociología Urbana.
garrafus2002@yahoo.com.mx

Palabras clave: Filosofía del diseño, Educación, Proceso, Conceptualización.

Este artículo es un desliz filosófico acerca del quehacer del investigador en la facultad, que nos lleva a plantear: ¿hay pensadores (investigadores) en la actualidad, que caminen con la libertad de proponer sus reflexiones en los espacios universitarios? ¿Quién conoce a estos pensadores (investigadores en la FAD y en espacios afines a los diseño) universitarios? ¿Cuál es su producción de ideas (escritos, discursos, objetos)?

El pensador: es ahora el ser en quien la aspiración a la verdad y esos errores que conservan la vida libran su primer combate, una vez que la aspiración a la verdad se ha revelado también como potencia conservadora de la vida. ¿En qué medida la verdad soporta la asimilación? Esta es la cuestión, éste es el experimento (Nietzsche).

Filosofía, hemos anotado: “es la vocación del hombre por conocer. Conocer es saber ser y saber hacer” (Nicol, 1985). En la modernidad ha preocupado menos a la humanidad saber ser, sólo ha predominado saber hacer (pragmática: competencia y no competitividad). Esto ha alejado al hombre de sí mismo. Le ha preocupado más el exterior: la pragmática, que le permite sobrevivir. La necesidad se vuelve

imprescindible, una lectura de “sí mismo”, de la identidad (mismidad). Así tenemos que, “cada lector es, cuando lee, el propio lector de sí mismo. Sin la obra del escritor, no hubiera podido ver en sí mismo, su propio discernir” (Marcel Proust, 1927) (Morey, 2007). Es notorio observar que el escritor es el otro que acompaña al lector. Nos hemos olvidado no sólo del otro, sino del Otro que somos nosotros mismos.

Rousseau se reconoce en el otro (escritor) cuando da cuenta de lo absoluto de su pensamiento, entonces, inicia la escritura de Confesiones, una de sus obras más importantes, o la más importante. Por otro lado, Sartre en su idea de la libertad nos ayuda a recuperar al Otro: “soy libre en la medida en que los otros lo son. Yo soy en la medida en que los otros me perciben”. El hombre es el único animal que se acompaña. Y muy probablemente sea saber acompañarse todo cuanto de fundamental puede alcanzar a saber el hombre. En todo caso, lo seguro es que sin este saber cualquier otro saber de nada vale.

En el diálogo de cada cual consigo mismo, el interlocutor ha recibido a lo largo de la historia nombres bien diversos: alma, conciencia, sujeto, yo, uno mismo y tantos otros nombres siempre excesivos, siempre insuficientes; también en su intento mismo por determinar ese otro polo de nuestro tuteo íntimo, esa inasible compañía que tanto nos habla sin voz como escucha, que siente, asiente, disiente y calla. Es esta necesidad de recuperar la subjetividad la que permitirá también el diálogo con los otros. En lo fundamental, tiene que ver con el modo en que los hombres tratan de acompañarse, esto es, de interpelarse y conducirse. En este sentido, la universidad es el espacio de encontrarse y acompañarse. Parece ser que aún estamos en la minoría de edad (servirse del propio entendimiento), donde los lectores y los escritores (los menos) no se están acompañando académicamente, no políticamente, esto se hace (y se hace mal). Por tanto, será necesario reflexionarlo.

La Ilustración es la salida del hombre de su minoría de edad. Él mismo es culpable de ella. La minoría de edad estriba en la incapacidad de servirse del propio entendimiento, sin la dirección de otro. *¡Sapere aude!* ¡Ten valor de servirte de tu propio entendimiento! He aquí la divisa de La Ilustración. La ciencia dará respuesta a las dudas y la necesidad de la soledad, el hombre está sólo consigo mismo. La mayoría de los hombres, a pesar de que la naturaleza los ha librado desde tiempo atrás de conducción ajena, permanecen con gusto bajo ella a lo largo de la vida, debido a la pereza y la cobardía. Por eso les es muy fácil a los otros erigirse en tutores. ¡Es tan cómodo ser menor de edad! Si tengo un libro que piensa por mí, un pastor que reemplaza

mi conciencia moral, un médico que juzga acerca de mi dieta, y así sucesivamente, no contaré del propio esfuerzo. Con sólo poder pagar, no tengo necesidad de pensar: otro tomará mi puesto en tan fastidiosa tarea. En la sociedad de Estados Unidos de Norte América, para el 2005: apenas un tercio de la población estadounidense se inclina por el darwinismo, mientras que un 46% se declara abiertamente creacionista, y un 38% respeta el darwinismo aunque se muestra convencido de que una deidad intervino de alguna manera (Morey, 2006).

De una vez por todas, Nietzsche nos regaló el nombre del interlocutor que somos cada cual para nosotros mismos, y ese nombre es soledad. El nihilismo contemporáneo de dar crédito absoluto a la ciencia. Este presupuesto en obra se deja decir desplegado en dos premisas del modo siguiente. Como la convicción de que: 1) el fondo del Ser puede ser conocido, y 2) que este conocimiento nos permitirá corregirlo. Probemos a volver pasiva un momento ambos enunciados. El presupuesto de que todo puede ser conocido equivaldría a decir que no existe sino lo que puede ser conocido. Y luego el presupuesto de que este conocimiento puede corregir ese todo equivale a decir que no es auténtico conocimiento sino aquel que permite modificar el objeto que conoce. Por tanto, hasta allí donde puede llegar nuestra capacidad de corregir lo real llega nuestro conocimiento, y hasta allí donde llega nuestro conocimiento (así entendido), llega lo real mismo: nada más existe, sino a lo sumo, como lo que todavía no conocemos, o lo que no conocemos suficientemente. Es decir, lo que todavía no podemos gestionar o corregir convenientemente (Morey, 2006).

Todo el llamado conocimiento del hombre del que tan orgulloso llegó a estar el pasado siglo (XX) he aquí que entra sobre este filo en crisis, partiéndose por la línea exacta de su genitivo. Conocimiento del hombre, ¿en qué sentido? ¿Debemos entonarlo en objetivo, o por el contrario, en subjetivo? La ciencia, para Piaget, es la sumatoria de las estructuras cognoscitivas de los integrantes de una sociedad. Sí, sin duda se saben muchas cosas, cada día más, acerca del animal humano. Pero, ¿a cada paso que progresa ese conocimiento diremos que avanza en consonancia nuestra mayoría de edad -no la de todos, que tal cosa no existe, sino la de cada cual?- Y del otro lado, así como es obvio reconocer que cada día conocemos más y mejor al animal humano, ¿cabe decir otro tanto del envés subjetivo de ese conocimiento? ¿Se conocen hoy mejor los hombres a sí mismos? ¿Cabe siquiera hablar de progreso (histórico) en el conocimiento de uno mismo?

Y todo lo que puedo llegar a conocer de mí mismo en la materialidad simple y evidente de su experiencia es mi soledad. Descartes es el último (o el primer moderno) que cumple al pie de la letra con el

carácter de ejercicio que es propio a la meditación (de recuperar la subjetividad, no el egoísmo individualista de sobrevivir en la competencia individualista), y desde su mismo punto de partida. Sin embargo, pronto se va a ir desplazando del ejercicio o práctica de sí a la argumentación demostrativa (del discutir al calcular); del juego que efectúa el pensamiento sobre el propio sujeto al juego del sujeto con el objeto o los objetos posibles de su pensamiento. El destino de estos quiasmos, a medio camino entre el ejercicio del sí y el pensamiento demostrativo, queda señalado de modo inequívoco ya por su posteridad más inmediata. La vía délfica del *conócete a tí mismo* irá cediendo terreno paulatinamente frente al avance del pensamiento positivo, ese optimismo racionalista para el que es nada lo que no puede ser objeto de manipulación de un sujeto (Morey, 2006).

El proyecto leibniziano nos brinda un emblema perfecto del olvido que en adelante va a cubrir el carácter autopoietico de la propia soledad mediante la meditación. Este proyecto significa la vuelta de tuerca definitiva que llevaría al quehacer filosófico al abandono del espacio que hemos reconocido como el propio de la meditación, con la sabida exigencia de una *restauratio magna scientiarum*, y su genérica consigna mediante la que emplaza el pensamiento a modificar sus condiciones de ejercicio, sustituyendo el discutamos por el calculemos, según reza el tópico (Morey, 2006).

La mayoría de edad se juega también ahí, precisamente ahí, antes en esa soledad que no en esa excesiva sociabilidad a la que parece urgirnos la actual estatización política del mundo (an-estética en Braudillard: adormecimiento, mediatización; y sobre aprendizaje en D. Schön: sobrevalorar el contenido y el portador del conocimiento). La lectura (de lo antes escrito) es la nueva forma de recuperar la meditación, recuperar al sí mismo. Nuestra soledad es resultado de una forma de interiorización que surgirá con la lectura privada y silenciosa, visual y solitaria, generalizada a partir de la invención de la imprenta y de cuyos peligros nos da cuenta pormenorizada el Quijote, tanto como Lutero o Descartes explotan su eficacia para la formación de un nuevo modelo de espiritualidad.

En la modernidad, con respecto al camino délfico, la posibilidad misma de un saber que reconociera como un asunto el aprendizaje del *secum morari* (el habitar consigo mismo) senequista, parece haber quedado clausurada, para siempre. El liberalismo, producto de la Revolución Francesa, acercó a la sociedad occidental al sujeto masa en el capitalismo y al sujeto colectivo en el socialismo, alejándolos de la individualidad: uno anestesiado por el consumismo y el otro perdido en el colectivismo.

Escribir, poéticamente (lírica o épicamente); no descubre tu vida secreta, no la muestra, no la desvela, no la descifra como el psicoanálisis, no la enmascara: le habla. Es un habla que introduce al lector a la meditación, a la recuperación de sí mismo. Leer y escribir son modos mayores de interrogar la propia soledad. Y de la mayoría de edad y del saber acompañarse. Es posible que el desarrollo del verdadero filósofo (el que tiene vocación por conocer) haga necesario conocer paso a paso todos los grados en que sus servidores, los trabajadores científicos de la filosofía se detienen necesariamente; tal vez tenga que haber sido él mismo, crítico, escéptico, dogmático e historiador, amén de poeta, coleccionista, viajero, descifrador de enigmas, moralista, vidente, espíritu libre y un poco de todo para poder recorrer el perímetro de los valores y sentimientos humanos y ser capaz de mirar a través de múltiples ojos y conciencias desde lo alto hacia todas las lejanías, desde el llano hacia todas las alturas, desde el rincón hacia todos los horizontes. Mas todo eso no es más que premisa de su tarea: esta tarea misma exige algo diferente: la creación de valores (Morey, 2006).

El arte tiene por deber social dar salida a las angustias de su época. El artista que no ha abrigado en el fondo de su corazón el corazón de su época, el artista que ignora que es un chivo expiatorio, que su deber es imantar, atraer, hacer caer sobre sus espaldas las cóleras errantes de la época para desgastarlas de su malestar psicológico, éste no es un artista (Morey, 2006).

El pensador actual es el artista, el investigador que adopta el deber social de dar salida a los problemas de su época. El pensador no es un chivo expiatorio de la hegemonía académica, económica, política o individualista. El investigador imanta las necesidades humanas y discute sus alternativas de acompañamiento con los otros y consigo mismo.

FUENTES DE CONSULTA

1. Leach, Niel. *La an-estética de la arquitectura*. Gustavo Gili. España. 2001.
2. Morey, Miguel. *Pequeñas doctrinas de la soledad*. Sexto Piso. Colección Noesis. México. 2007.
3. Nicol, Eduardo. *El porvenir de la filosofía*. Fondo de Cultura Económica. México. 1985.
4. Schön, Donald. *La formación de profesionales reflexivos*. Paidós. España. 2002.